

XIX.

LAS ELECCIONES.

Nunca se habían verificado las elecciones en circunstancias más favorables para la Corte, pues mu- chísimos á quienes la conjuración católica había arro- jado entre los *whigs*, la conjuración posterior de Rye House había vuelto al lado de los *tories*. En las pro- vincias, podía contar el Gobierno con una inmensa mayoría de todos los caballeros, desde trescientas li- bras esterlinas de renta en adelante; y en cuanto al clero, podía decirse que estaba unánimemente de parte del Gobierno. Aquellos distritos que habían sido el principal apoyo y defensa de los *whigs* fueran privados últimamente de sus cartas por sentencia legal, ó ha- bían previsto la sentencia haciendo voluntaria renun- cia. Reconstituídos ahora por el Gobierno, no cabía dudar de su devoción á la Corona.

En aquellas ciudades que no inspiraban completa confianza, habíase encargado la defensa de la libertad á los nobles (*squires*) (1) de las cercanías, y aun en algunas pequeñas regiones del Oeste se había lle- gado al extremo de que formasen, en gran parte, los Cuerpos constituyentes capitanes y alféreces de la Guardia Real. Los encargados de verificar la elec- ción (*returning officers*) hallábanse, naturalmente, interesados en la defensa de la Corte, y en todos los

(1) Véase el *Apéndice*.—(N. del T.)

condados formaban el lord Lieutenant y sus adheren- tes un comité poderoso, vigilante y activo para con- quistar ó intimidar á los partidarios de la libertad. Al mismo tiempo, desde millares de púlpitos se amone- taba solemnemente al pueblo á que votase en contra del candidato *wigh*, pues de su conducta, en esta parte, habían de dar cuenta á Aquel que consagró el respeto al poder constituido, condenando la rebelión como pe- cado no menos nefando que la hechicería. No se con- tentaba el partido vencedor con usar discretamente de todas estas ventajas, sino que abusaba de ellas de un modo tan vergonzoso, que muchos hombres gra- ves y discretos que habían acudido al sostenimiento de la monarquía cuando el peligro arreciaba, y que en manera alguna eran partidarios de la república ni del cisma, estaban asombrados, viendo en tan desdi- chado principio el anuncio y la aproximación de in- felices días (1).

Los *whigs*, entretanto, á pesar de sufrir el justo cas- tigo de sus errores y de verse por todas partes vencidos, desalentados y sin orden, no quisieron rendirse sin probar antes sus fuerzas, ni entregarse sin pe- lear. Eran aún bastante numerosos entre los indus- triales y artesanos de las ciudades, y entre el paisa- naje y la gente acomodada del campo, y aun en algu-

(1) Fácil sería llenar un tomo con lo que los historiadores *whigs* y los libelistas han escrito sobre este punto particular. Sólo citaré un testimonio, que tiene doble importancia por ser de un partidario de la Iglesia anglicana perteneciente al partido *tory*. «Las elecciones, dice Evelyn, se llevaron á cabo, según opinión general, de una manera indecorosa en la mayor parte de los dis- tritos. ¡Haga Dios que las consecuencias no sean tan terribles como algunos creen!» (10 de mayo, 1685). Algunos días después escribía: «La verdad es que había muchos miembros del nuevo Parlamento, cuya elección y vuelta á la Cámara eran universal- mente condenadas.» (22 de mayo.)

nos distritos, como en el Dorsetshire ó en el Somersetshire, por ejemplo, formaban la gran mayoría de la población. En los distritos últimamente reorganizados nada podía hacerse; pero donde contaban con alguna probabilidad de éxito, luchaban desesperadamente. En el Bedfordshire, que había sido representado últimamente por el virtuoso cuanto infortunado Russell, vencieron en la votación que se hacía levantando las manos (1), pero fueron derrotados en el escrutinio por lista (2).

En Essex tuvieron trece votos contra diez y ocho (3), y en el Northamptonshire fué tan violenta la actitud que tomó el pueblo en su hostilidad al candidato de la Corte, que fué preciso mandar que un cuerpo de tropas guarneciese la plaza del mercado con las armas cargadas y dispuesto á cualquier contingencia (4). Pero es aún mucho más notable la historia de la lucha en el condado de Buckingham. El candidato *whig*, Tomás Wharton, hijo de lord Felipe Wharton, era igualmente notable por su habilidad y su audacia, y estaba destinado, andando el tiempo, á desempeñar importante papel, aunque no siempre digno, en la política, por espacio de varios reinados.

Había formado parte de los que en la Cámara de los Comunes se obstinaron en llevar el bill de exclusión ante el tribunal de los lores, por lo cual la Corte tenía gran interés en que por buenos ó malos medios

(1) *The show of hands*. Véase el Apéndice.—(N. del T.)

(2) De una carta de noticias que se conserva en la biblioteca del Instituto Real. Citters hace mención de lo poderoso que era el partido *whig* en el Bedfordshire.

(3) Bramston's, *Memoirs*.

(4) *Reflexiones sobre una protesta y manifestación de todos los buenos protestantes de estos Reinos, 1689; Diálogo entre dos amigos, 1639.*

fuese derrotado. El Chief Justice, Jeffreys, vino en persona al Buckinghamshire, á fin de ayudar al candidato *tory*, que era un caballero llamado Hacket. Al efecto se inventó una estratagema cuyo éxito se consideraba casi seguro. Dijose que la elección se verificaría en Ailisbury; y Wharton, cuya habilidad en todas las artes de la elección no tenía rival, trazó sus planes considerando cierta la noticia. Pero cuando ya tenía todo preparado, avisó el Sheriff inesperadamente que se había trasladado el sitio de la elección á Newport Pagnell. Corrieron allá Wharton y sus amigos, y se encontraron con que Hacket, que estaba en el secreto, había tomado todas las posadas y alojamientos, obligando así á los *whigs* á atar sus caballos á los cercados y á dormir al raso en las praderas que rodean á la ciudad. Y no fué de las menores dificultades con que tuvieron que luchar el procurarse víveres para tan gran número de hombres y bestias, si bien Wharton, que no reparaba en dinero cuando su ambición ó su espíritu de partido estaban de por medio, gastó en solo un día mil quinientas libras esterlinas, inmenso despilfarro para aquellos tiempos. Llegado el momento de la elección, pareció ser que la injusticia animó y dió nuevos bríos á los valerosos *yeomen* de Bucks, que no habían olvidado que eran hijos de los constituyentes de Juan Hampden; de modo que no sólo Wharton obtuvo el primer lugar en la lista, sino que aun pudo disponer de algunos votos en favor de un candidato de opiniones moderadas, derrotando por completo al de Jeffreys (1).

En Cheshire, la contienda duró seis días, y los *whigs* pudieron oponer mil setecientos votos á los dos mil que tuvieron los *tories*. El pueblo había tomado con

(1) *Memoirs of the Life of Thomas Marquess of Wharton, 1715.*

tal vehemencia la parte de los *whigs*, que se levantó al grito de *jabajo los Obispos!*, insultando al clero en las calles de Chester, y después de maltratar á un caballero *tory*, rompió las ventanas y apaleó á los constables. Tuvo que venir la tropa á calmar el tumulto, y permaneció sobre las armas á fin de proteger las fiestas con que los vencedores celebraban el triunfo. Al terminar la elección, la artillería del castillo disparó cinco cañonazos para anunciar el triunfo de la Iglesia y la Corona á toda la comarca; lanzáronse alegremente á vuelo las campanas, y los recién elegidos fueron en procesión á City Cross, acompañados de una banda de música y seguidos de numeroso cortejo de caballeros y nobles que cantaban la oda recientemente compuesta por Durfey, que empieza: «Gloria al gran César», y que aunque detestable, como todos los escritos de Durfey, era en aquel tiempo casi tan popular como lo fué algunos años después Lillibullero (1). Cuando la procesión llegó á la *Cruz*, formáronse las milicias, y habiendo encendido una hoguera, fué quemado con toda solemnidad el bill de exclusión, al mismo tiempo que algunos de los circunstantes brindaban á la salud del rey Jacobo en medio de estrepitosas aclamaciones. Al día siguiente por la mañana, que era domingo, las tropas cubrían las calles que conducían á la Catedral, y los dos diputados del Condado (2), seguidos con gran pompa del clero y de los magistrados de la ciudad, asistían al sermón que pronunciaba el Deán, probablemente por cubrir las apariencias,

(1) Véase el núm. 67 del *Guardian*, muestra notabilísima de la manera especial de Addison. Sería difícil encontrar en cualquier otro escritor ejemplo tan admirable de benevolencia delicadamente impregnada de desprecio.

(2) *Knights of the shire*.—Véase el tomo I, pág. 51, nota.—(N. del T.)

siendo después del sermón festejados por el Mayor (1). En Northumberland, el triunfo de sir Juan Fenwick, cortesano cuyo nombre obtuvo, andando el tiempo, triste celebridad, fué acompañado de circunstancias tales que excitaron interés aun en Londres, y que no parecieron indignas de mención en los despachos de los Ministros extranjeros. En Newcastle se encendieron grandes hogueras de carbón, y mientras las campanas tocaban alegremente, una copia del bill de exclusión y una caja negra parecida a la que, según la tradición popular, contenía el contrato de matrimonio de Carlos II con Lucía Walters, se quemaban públicamente en medio de las más entusiastas aclamaciones (2).

El resultado general de las elecciones fué, pues, superior á cuanto el más entusiasta cortesano pudiera desear, y Jacobo vió con delicia que no tenía que gastar un maravedí en comprar votos, pues que, según él decía, á excepción de unos cuarenta miembros, componíase la Cámara de los Comunes de los mismos que él hubiera nombrado (3). De la importancia de este triunfo puede juzgarse atendiendo á que la ley le autorizaba á gobernar con las mismas Cámaras hasta el fin de su reinado.

Seguro ya de la ayuda del Parlamento, pudo entregarse con tranquilidad al placer de la venganza. No era de natural generoso, y mientras fuera súbdito había recibido indignas ofensas que harían disculpable, aun en ánimo más generoso, el vivo resentimiento que espera con ansia ocasión de venganza. Algunos hombres particularmente, con bajeza y crueldad sin

(1) *The Observer* de 4 de abril, 1685.

(2) *Despachos de los embajadores holandeses*, abril 10 (20), 1685.

(3) Burnet, 1, 6-6.

Templo habían atentado contra su honor y su vida. Eran éstos los testigos falsos de la conjuración; y bien puede disculparse el aborrecimiento que les tenía, pues aun hoy, después de tanto tiempo, la sola mención de sus nombres excita el disgusto y el horror de todas las sectas y partidos.

Algunos de estos infelices estaban ya fuera del alcance de la justicia humana. Bedlow había muerto, empedernido en el crimen, sin dar muestras de arrepentimiento ni de vergüenza (1). Dugdale le había seguido á la tumba, extraviada la razón, según decían, por los tormentos de una conciencia intranquila, implorando con tristes gemidos de los que rodeaban su lecho que apartasen de su vista la vengativa sombra de lord Stafford (2). Carstairs también había muerto en medio del horror y de la desesperación, y al exhalar el último aliento, dijo á sus criados que le arrojasen en un lodazal como á un perro, pues no era digno de dormir el último sueño en sepultura cristiana (3). Pero aun vivían Oates y Dangerfield para satisfacer la venganza del severo Príncipe á quien habían ofendido.

(1) *A faithful account of the Sickness, Death and Burial of Captain Bedlow, 1680. Narrative of lord Chief Justice North.*

(2) *Smith's, Intrigues of the Popish Plot, 1685.*

(3) *Burnet, 1, 439.*

XX.

PROCESO DE OATE

Poco tiempo antes de subir al trono, había Jacobo entablado querrela ante los tribunales civiles contra Oates por palabras injuriosas, y el Jurado le había condenado á pagar, como indemnización, la enorme suma de cien mil libras esterlinas (1); y como no pudiese pagar, fuera reducido á prisión por deudor, sin esperanza de perdón. Dos nuevos *bills*, acusándole de perjurio, pronunció contra él el gran Jurado de Middlesex algunas semanas antes de la muerte de Carlos, y poco después de terminadas las elecciones debía verificarse la vista de la causa.

No tenía Oates ni un solo amigo, ni en la aristocracia ni en la clase media, pues todos los *whigs* inteligentes estaban íntimamente convencidos de que si su narración tenía algún fundamento de verdad, sobre esto había inventado una novela. No faltaban, sin embargo, muchos fanáticos que seguían aún mirándole como bienhechor de la patria; y como no ignoraban que, si llegaba á quedar convicto de lo que se le acusaba, su sentencia sería en extremo severa, incesantemente trabajaban para proporcionarle la fuga. Aunque hasta entonces sólo estaba preso en calidad de deudor, habíasele puesto entre hierros, de orden del tribunal del *Banco del Rey*, y aun así, no estuvo en mucho el que se fugase. El mastín que guardaba la

(1) Véase el proceso en la *Collection of State Trials*.

puerta de su prisión apareció envenenado, y la misma noche que precedió al día en que fué sentenciado lograron sus amigos introducir un lío de cuerdas en su calabozo.

El día que fué llevado ante la barra, llenaba la gran sala de Westminster una inmensa multitud, entre la que se veían muchos católicos á quienes el deseo de presenciar la desgracia y humillación de su perseguidor hiciera acudir á aquel sitio (1). Algunos años antes, su breve cuello, sus desiguales piernas de estevado, su frente baja y aplastada como la de un perro, y la desmesurada y revuelta barba, habíanse hecho familiares á cuantos frecuentaban los tribunales de justicia. Era entonces el ídolo de la nación, y donde quiera que se presentaba descubriánse respetuosamente todas las cabezas, y en su mano tenía las vidas y haciendas de los principales magnates del reino. ¡Cuánto habían cambiado los tiempos desde entonces! Los mismos que antes le aclamaban como libertador de la patria, se estremecían ahora á la vista de aquellas horribles facciones, donde parecía haber sido escrita la maldad por mano del mismo Dios (2).

Habíase probado, sin dejar la menor sombra de duda, que el reo, mediante falso testimonio, había asesinado deliberadamente á algunas personas exentas de toda culpa; así que los miembros más eminentes del Parlamento, que en otro tiempo le habían recompensado y aplaudido, y á quienes acudió para que declarasen en su favor, no sólo se negaron á hacerlo, sino que algunos de los que él había citado, se ausen-

(1) Evelyn's, *Diary*, mayo 7, 1685.

(2) Aun se conservan algunos retratos de Oates. La descripción más notable de su persona puede verse en North, *Examen*, 235: Dryden, *Absalom and Achitophel*, y en un manuscrito titulado *A Hus and Cry after T. O.*

taron de la ciudad, evitando así todo lo que pudiera tender á vindicarlo; y aun hubo uno, el Conde de Huntingdon, que le reprendió duramente por haber engañado las Cámaras, haciéndolas contribuir al derramamiento de sangre inocente. Los jueces le cubrieron de improperios y le insultaron, mostrándose con él muy violentos y descompuestos, lo que mal se aviene con la grave compostura que siempre debe distinguir á los magistrados. No dió muestras el reo de temor ni vergüenza, cuando de todas partes, de la mesa del tribunal, del banco de los testigos y del público descargó sobre él la tormenta de invectivas; antes la arrostró con la insolente audacia que da la desesperación. Estaba convicto de ambas acusaciones, y aunque moralmente su crimen era un asesinato con las más agravantes circunstancias, la ley lo declaraba sólo reo de mala fe; pero el tribunal, que deseaba hacer su castigo más severo que el de los felones ó traidores, no se contentaba con condenarlo á muerte, sino á morir en medio de los más atroces tormentos. Se le sentenció á ser despojado de sus hábitos clericales, expuesto luégo en la picota en el patio de Palacio, recorriendo después la Gran Sala de Westminster con una inscripción infamante en la frente; á ser puesto otra vez en la picota frente á la Bolsa, azotado desde Aldgate hasta Newgate, y después de un intervalo de dos días, azotado nuevamente desde Newgate hasta Tyburn. Si, contra toda probabilidad, sobrevivía á tan horrible castigo, quedaba condenado á prisión perpetua, sacándole de la cárcel cinco veces al año, para ser expuesto en la picota en diferentes partes de la capital (1).

(1) Puede verse el proceso con toda minuciosidad en la *Colección de causas de Estado*.

Tan rigurosa sentencia fué ejecutada al pie de la letra. El día en que se le puso en la picota en el patio de Palacio, fué el infeliz Oates apedreado sin piedad por la multitud, y aun corrió peligro de ser hecho pedazos (1); pero en la *City* sus partidarios acudieron en gran número, y promoviendo un tumulto, echaron abajo la picota, mas no lograron, por más que hicieron, rescatar á su favorito (2). Creíase que escaparía á la horrible suerte que le aguardaba, poniendo fin á sus días con un veneno, y para evitarlo se inspeccionaba cuidadosamente todo lo que comía y bebía. La mañana siguiente, fué sacado de la cárcel para sufrir la primera flagelación. Desde muy temprano, una inmensa multitud llenaba las calles que van desde Aldgate á Old Bailey. El verdugo se apoyaba con tan inusitada ferocidad en el látigo, que mostraba bien claramente haber recibido órdenes especiales; y en efecto, bien pronto corrió la sangre á chorro por las espaldas del reo. Durante algún tiempo sufrió con rara entereza; mas cediendo al fin la tenaz fortaleza que antes le sostenía, empezó á exhalar tan lamentables gritos, que helaban de terror á cuantos los oían. Por varias veces perdió el sentido, mas no por eso dejó el látigo de descender sobre sus espaldas; y cuando al fin le desataron, parecía haber sufrido cuanto puede resistir el cuerpo humano sin que el hálito de vida le abandone. Pidieron á Jacobo que le perdonase la segunda flagelación; su respuesta fué breve y clara: «*Mientras le quede un soplo de vida, habrá de ejecutarse la sentencia.*» Tratóse entonces de conseguir la intercesión de la Reina; pero ella, con indigna

(1) *Gazette de France*, mayo 29 (junio 9), 1855.

(2) Despacho de los Embajadores holandeses, mayo 19 (29) de 1685.

crueledad, se negó á pronunciar una sola palabra en favor del infeliz reo. Después de un intervalo de solas cuarenta y ocho horas, Oates fué sacado nuevamente de su calabozo, y como no pudiese tenerse en pie, fué llevado en una rastra hasta Tyburn. Parecía haber perdido por completo la sensibilidad, y los *torres* refieren que se había vuelto idiota á efecto de la excesiva cantidad de bebidas fuertes que había tomado. Una persona que contó los azotes el segundo día, dice que fueron mil setecientos, y aunque el malvado escapó con vida, quedó en tal estado, que sus ignorantes y fanáticos admiradores calificaron su cura de milagrosa, y la citaban como prueba de su inocencia. Las puertas de la prisión se cerraron nuevamente tras él, y durante algunos meses permaneció cargado de grillos en el más oscuro calabozo de Newgate. Dijose, que en su encierro la melancolía se había apoderado de él y que pasaba días enteros exhalandos tristes gemidos, cruzados los brazos sobre el pecho y con el sombrero echado sobre los ojos. No era solamente en Inglaterra donde estos acontecimientos excitaban gran interés. Millones de católicos que no concebían absolutamente nuestras instituciones, ni sabían nada de nuestros partidos, habían oído decir que una bárbara persecución contra los que profesaban la verdadera fe se había desencadenado en nuestra isla, y que Tito Oates había sido el principal asesino. Grande fué, pues, en lejanas comarcas la alegría cuando se supo que la justicia divina le había alcanzado, y por toda Europa circulaban grabados que le representaban ante la picota, ó en el momento de ser azotado; y en muchas lenguas le compusieron epigramas, en que los poetas se burlaban del título de doctor que él decía haber recibido de la Universidad de Salamanca, haciendo notar que ya que el rubor no podía asomar

á su frente, justo era que se mostrase en las espaldas (1).

Por más horribles que fueran los sufrimientos de Oates, no igualaban á sus crímenes. La antigua ley inglesa, que á la sazón había caído en desuso, consideraba como asesino al testigo falso que por medio del perjurio causaba la muerte. Y esto era sabio y justo, pues tal testigo es, en verdad, el peor de todos los asesinos (2). Al crimen de derramar sangre inocente, añade la violación del más solemne compromiso que un hombre puede tener con sus semejantes, y de hacer instrumentos de horrible venganza y de desconfianza general aquellas instituciones que debe el pueblo mirar con confianza y respeto. El dolor producido por un asesinato ordinario no puede compararse con la impresión que causa la muerte cuando son sus agentes los tribunales de justicia. La mera

(1) Evelyn's, *Diary*, mayo 122, 685; Eachard, III, 741; Burnet, I, 637; *Observer*, mayo 27, 1685; Oates's *Εὐζών*, 89; *Εὐζών Βροτολογοῦ*, 1697; *Commons Journals* de mayo, junio y julio de 1689; *Tom Brown's Advice to Dr. Oates*. Pueden verse algunos detalles interesantes en un *in-plano* impreso por A. Brooks, Charing Cross, 1685. He visto también algunos folletos publicados en Francia y en Italia con la historia del proceso y de la ejecución. En Milán se publicó un grabado que representaba á Tito Oates en la picota, con la siguiente curiosísima inscripción: «Questo é il naturale ritratto di Tito Otez, o vero Oatz, inglese, posto in berlina, uno de principali professori della religione protestante, acerrimo persecutore de Cattolici, e gran spergiuro.» He visto también un grabado holandés, representando el castigo, con algunos versos latinos, de que son breve muestra los siguientes:

At doctor fictus non fictos pertulit ictus,
A tortore datos haud molli in corpore gratos
Discretet ut vere scelera ob commissa rubere.

El anagrama de su nombre «Testis Ovat,» se ve en muchos grabados publicados en diferentes países.

(2) Blackstone's, *Commentaries*, capítulo del *Homicidio*.

extinción de la vida es parte muy pequeña de lo que hace horrible una ejecución. La larga agonía mental del reo, la vergüenza y el oprobio de todos sus parientes, la mancha que cae sobre su familia hasta la tercera y cuarta generación, son cosas mucho más terribles que la misma muerte. En general, puede asegurarse que el padre de una numerosa familia, antes quisiera verse privado de todos sus hijos por enfermedad ó por cualquier otro accidente, que perder uno solo á manos del verdugo. El que asesina con falso testimonio pertenece, por lo tanto, á la más horrible especie de asesinos, y Oates había cometido muchos asesinatos de esta clase. Sin embargo, al sentenciarle á ser despojado de sus hábitos eclesiásticos y aprisionado por toda la vida, parecen haber extralimitado los jueces los poderes que la ley les concedía. Podían, sin duda, condenarle á ser azotado, cuya pena no estaba limitada en la ley, ni indicado siquiera el número de los azotes; pero el espíritu de la ley claramente decía que por mala fe no debía ser más severo el castigo que en los más atroces casos de felonía. Ahora bien: el peor de todos los felones sólo podía ser ahorcado, y los jueces habían sentenciado á Oates á ser azotado hasta morir. Que la ley era deficiente no era bastante excusa, pues las leyes deficientes deben corregirse por la magistratura y no ser nunca extralimitadas por los tribunales; y menos que nunca cuando se extralimitan para imponer la tortura y condenar á muerte. Ni es tampoco bastante excusa que Oates fuese un malvado, pues los criminales son casi siempre los primeros en sufrir la severidad de la ley, que sirve después de precedente para castigar á los inocentes. Y así sucedió en este caso. El azotar despiadadamente, llegó á ser pronto castigo ordinario para faltas políticas de índole no muy grave. Bas-

taba hablar mal del Gobierno para ser sentenciado á pena tan desproporcionada, que se prefería ser procesado por faltas graves y enviado á presidio. Felizmente la revolución detuvo bien pronto el progreso de tan gran mal, por medio de aquel artículo del bill de derechos que condena todo castigo cruel é inusitado.

XXI.

PROCESO DE DANGERFIELD.

El crimen de Dangerfield no había llevado á la muerte, como el de Oates, á muchas víctimas inocentes, porque cuando Dangerfield tomara como oficio el ser testigo, ya la conjuración había terminado, y los jurados se habían hecho incrédulos (1). Fué sentenciado, no por perjurio, sino por la más leve falta de libelista. Durante la agitación causada por el bill de exclusión, había publicado una novela, en la que se hacían imputaciones falsas y odiosas contra Carlos II y contra Jacobo. Por esta publicación veíase ahora, después de cinco años, súbitamente llevado

(1) Según Roger North, los jueces decidieron que Dangerfield, por estar convicto de perjurio, no fuese admitido como testigo en lo relativo á la conjuración. Pero este es uno de tantos ejemplos de la inexactitud de North. Parece de la relación del proceso de lord Castelmaine, en junio de 1680, que después de un gran altercado entre los del Consejo y de repetidas consultas á los jueces de Westminster, se decidió admitir, bajo juramento, la declaración de Dangerfield; pero el Jurado, obrando en esto acertadamente, se negó á darle crédito.

ante el Consejo privado, reducido á prisión, procesado, convicto y sentenciado á ser azotado desde Aldgate hasta Newgate, y desde Newgate hasta Tyburn. El desdichado, en el curso del proceso había hecho alarde de gran desvergüenza; pero cuando oyó la sentencia, la angustia y la desesperación se apoderaron de su espíritu; túvose ya por muerto, y hasta eligió el texto que había de servir para su sermón fúnebre. Sus presentimientos eran ciertos. No fué azotado con tanta crueldad como Oates, pero tampoco tenía la férrea constitución, así de alma como de cuerpo, de aquél. Después de la ejecución, Dangerfield fué colocado en un coche de alquiler y conducido nuevamente á la prisión; pero al pasar por la esquina de Hatton Garden, un caballero *tory*, de Gray's Inn, llamado Francisco, detuvo el carruaje y le gritó con brutal complacencia: «¡Hola, amigo, parece que nos hemos calentado esta mañana!» El ensangrentado preso, fuera de sí por el insulto, le contestó con una maldición. Francisco le hirió en el rostro con un bastón, lastimándole un ojo, lo cual agravó el estado de Dangerfield en términos que fué conducido moribundo á Newgate. Tan infame ultraje había excitado la indignación de los circunstantes, que cogieron á Francisco, y en poco estuvo que lo hicieran pedazos. El aspecto del cuerpo de Dangerfield, horriblemente lacerado por el látigo, inclinaba á muchos á creer que su muerte fuera producida en parte, si no del todo, por los latigazos que había recibido. El Gobierno, sin embargo, y el Chief Justice creyeron conveniente echar toda la culpa á Francisco, que aunque parece haber sido reo, cuando más, de lesiones graves, fué sentenciado y ejecutado como asesino. Su discurso antes de morir es uno de los monumentos más curiosos de la época. El salvaje espíritu de partido que le había lle-

vado á la prisión, no le abandonó ni en sus últimos instantes. Mezclábanse extrañamente sus alardes de lealtad y los insultos que prodigaba á los *whigs*, con las últimas oraciones encomendando su alma á la divina clemencia. Habíase dicho, sin fundamento, que su mujer tenía amores con Dangerfield, que era muy buen mozo y tenía fama por sus aventuras galantes. El golpe fatal, decían, se lo había dado en un arrebató de celos. El marido, algunos momentos antes de morir, con diligencia entre ridícula y patética, volvió por la honradez de su esposa. Era una mujer muy virtuosa, según dijo él; corría por sus venas sangre leal, y si se hubiera sentido inclinada á faltar á los deberes conyugales, hubiera elegido, á lo menos, un *tory* partidario de la iglesia anglicana (1).

(1) No se conserva la relación del proceso de Dangerfield, pero he visto una sucinta noticia en un *in-plano* de la época. En la *Collection of State Trials* puede verse un resumen de la acusación contra Francisco y de su discurso momentos antes de morir. Véase Eachard, III, 741. En la relación de Burnet hay más errores que palabras. Véase también North's, *Essays*, 256; el extracto de la vida de Dangerfield en las *Bloody Assizes*; el *Observer*, julio 29, 1685, y el poema titulado «Dangerfield's Ghost to Jeffreys.» (La sombra de Dangerfield ante Jeffreys.) En el raro volumen que contiene las *Succint Genealogies*, por Roberto Hals-tead, Lord Peterborough dice que Dangerfield, á quien había tratado algo, era un joven de aspecto agradable, muy serio, y cuya conversación parecía indicar que se hallaba dotado de no vulgar inteligencia.

XXII.

PROCESO DE BAXTER.

Por este mismo tiempo, un acusado que tenía muy poca semejanza con Oates ó con Dangerfield, apareció en el tribunal del *Banco del Rey*. Ningún jefe emi-nente de partido ha atravesado muchos años de discordias civiles y religiosas con más inocencia que Ricardo Baxter. Pertenece á la sección más blanda y templada de los Puritanos. Cuando estalló la guerra civil era todavía muy joven, y creyendo que la razón estaba de parte de las Cámaras, no tuvo el menor escrúpulo en hacerse capellán de un regimiento del ejército parlamentario; pero su clara y algo escéptica inteligencia, y el gran sentimiento de justicia que le animaba, le libraron de todos los excesos que eran tan frecuentes en los que le rodeaban. Oponiase siempre, y trataba de contrarrestar la fanática violencia de la soldadesca. Condenó el procedimiento del Tribunal Supremo de Justicia, y en los días de la República llegó á manifestar en muchas ocasiones, y una de ellas en presencia del mismo Crómwel, amor y reverencia á las antiguas instituciones del país. Mientras la familia real estuvo en el destierro, Baxter pasaba su vida principalmente en Kidderminster, en el asiduo cumplimiento de sus deberes de párroco. Concurrió con entusiasmo á la Restauración, y sinceramente deseaba unir las dos opuestas sectas de episcopales y presbiterianos, pues con amplitud de criterio, rara en su tiempo, consideraba las cuestiones